

FRESA Y CHOCOLATE: LA PASIÓN DE LOS INQUISIDORES

La tolerancia es la pasión de los inquisidores.

SILVIO RODRÍGUEZ



Primera colaboración en firme del dueto Tomás Gutiérrez Alea-Juan Carlos Tabío en la dirección, esta cinta marca un hito no solo cinematográfico sino cultural, social, más allá de sus valores específicamente artísticos.

Es algo más que una adaptación de ese relato de Senel Paz que también lo es: «El lobo, bosque y el hombre

nuevo» (Premio Juan Rulfo 1990) y no solo, claro, porque otros relatos del autor¹⁰ y guionista engrosen la diégesis fílmica. Se ha dicho con frecuencia que el homosexualismo (tema inédito o al menos, tangencialmente tratado en nuestro cine) no es la esencia del filme, sino el trato entre diferentes, la comunicación con el otro, con lo cual la obra se inserta coherentemente dentro de la poética titoniana, como ya hemos visto: *Memorias...*, *La última cena*, *Los sobrevivientes*.

Mas, de cualquier manera, el hecho de utilizar, aunque sea como cauce pretextual ese conflicto, como se sabe, profundo y arraigado en nuestra sociedad, resulta ya de por sí un mérito; quizá por ello uno lamenta un poco que la introducción del personaje de Nancy afecte dramáticamente el desarrollo y tratamiento de los personajes centrales, Diego (ese *gay* culto,

¹⁰ El guion integra elementos de sus cuentos «No me digas que la quieres» y «Alicia baila en mi cabeza».

citadino, lezamiano y católico) y David (heterosexual, de procedencia campesina, militante comunista), a pesar de lo cual, la relación entre estos seres opuestos que llegan a ser, sin embargo, y no precisamente por lo erótico, verdaderos amigos, genera una cinta audaz, innovadora y saludable.

Por primera vez, en mucho tiempo —he aquí otro mérito inescamoteable— se hace añicos otro *disé*; el «malo de la película» es un joven de la Unión de Jóvenes Comunista: Miguel, amigo de David, adocenado, programado, dogmático, respondiendo a una triste realidad, sobre todo de los sesenta y los setenta, fechas que abarca el filme y que, aprovecho para situar, encamina otra virtud: el tratamiento del tiempo, que mezcla épocas y proyecta el filme hacia la actualidad y el futuro con mano maestra, algo diseñado desde el propio guion.

Otro aspecto a destacar es que *Fresa...* se inserta con dignidad entre los cantos que el cine cubano realiza a La Habana como espacio no solo físico, sino cultural, filosófico; esos viajes de los amigos recorriendo sus calles, re-conociendo sus maravillas y sus fealdades, se suma a los que cintas como la propia *Memorias...*, *La ola* (de Enrique Álvarez) o *Suite Habana*, de Fernando Pérez, han realizado.

La música de José María Vitier, tanto la especialmente creada para el filme, pletórica de células muy nuestras (danza, danzón, contradanza) como la incidental (Lecuona, Cervantes); la fotografía de Mario García Joya (captadora de esa «joven luz» de que hablara Eliseo Diego) y la inteligente edición de Talavera-Donatién, o la exquisita escenografía de Fernando O'Reilly, junto al sonido limpio de Germinal Hernández, contribuyen al éxito del filme, que, sin embargo, se apoya en una puesta en pantalla bastante convencional, donde se echan de menos planos y encuadres más audaces, a tono con la propia historia y sus implicaciones tanto paratextuales como subtextuales.

Por otra parte, el énfasis complementario en el esoterismo y la santería —en vez del católico del cuento, vemos aquí uno de esos cultos «sincréticos» que tanto abundan; supersticioso antes que religioso, al igual que su vecina— tampoco me parece feliz; es acaso otro asunto, que entonces queda un poco flotando como detalle más pintoresco que esencial. Sin embargo, toda una gama de aspectos colaterales: el consignismo, la doble moral, el sociologismo vulgar, la discriminación..., sí quedan perfectamente integrados al discurso.

Mucho se ha hablado de las actuaciones, y en efecto, es otro detalle insoslayable del filme: Jorge Perugorría, a quien esta cinta abrió una indetenible —y no siempre orgánica— carrera internacional, logró una caracterización mayúscula, quizá un tanto afectada al principio, como para sentar las características del personaje, pero luchando a brazo partido contra la caricatura y el estereotipo que tanto han signado este tipo en el cine no solo cubano, y por revestir su difícil personaje de los claroscuros, simpatías y tensiones de que está hecho, trasunto de un típico gay cubano, batalla sinceramente ganada en buena lid.

35

CUBANO

DE CINE

AÑOS

50

Vladimir Cruz, su difícil contraparte, sale airoso también en la prueba como ese muchacho tímido que va evolucionando, madurando y enriqueciéndose humanamente con la amistad del otro. Otros desempeños como los de Mirtha Ibarra o Joel Angelino (otro personaje muy atractivo y valiente, gay pragmático pero que confía en el tiempo y el talento) se suman a la brillante plataforma actoral.

Fresa y chocolate no siempre llega al paladar como absoluta delicia, pero es un plato fuerte, nutritivo y sobre todo necesario en la gama de sabores que es el cine cubano. Una copa alzada por la conquista de los mejores y verdaderos valores de la sociedad nueva, del hombre nuevo. Un hito del cine, de la cultura cubana toda. Siempre habrá que hablar de «un antes» y «un después» de *Fresa y chocolate*.

FRANK PADRÓN NODARSE